que el psicoanálisis era inútil. Esto le unía todavía más con Leopardi, el gran poeta de la gran escoliosis, y le motivaba fieramente en su afán por convertir la filología en el sagaz detective que iba a descubrir las trampas lingüísticas de Freud. El típico lapsus freudiano, reductor irrefrenable de las corrientes del lenguaje al plano unívoco de lo sexual, podría explicarse más bien como la no menos típica “corrupción” léxica, desde tiempo inmemorial clasificada exhaustivamente por la labor filológica. Y Timpanaro se divertía en ofrecer todas las variaciones léxicas de una palabra que se le cruzaban por la cabeza, para confirmar que había que echarle mucho más que imaginación a la idea de que el origen de tanta variedad se había de hallar en los impulsos reprimidos provenientes de la libido. ¿No podrían ser, se preguntaba, el producto de la siempre compañera aprehensión ante la muerte o incluso la plasmación discursiva de problemas sociales no resueltos? Pero Timpanaro era también un impenitente lector de Freud, a veces incluso admirador y seguidor: allí donde el maestro daba una interpretación medianamente política o social, que no

sexual, de un sueño o una fobia, hasta ahí le acompañaba fielmente, aprobando con sus recursos filológicos todas y cada una de las aseveraciones.

Perry Anderson no se detiene a interrogar demasiado sobre la verdad o la validez de estas interpretaciones sobre el materialismo naturalista y el psicoanálisis para una teoría o política contemporánea de inspiración marxista; de hecho, el artículo concluye con una cita de Timpanaro en la que éste renuncia a la categoría de la “actualidad” como directriz del pensar o del obrar: “La actualidad es un criterio de juicio reductivo, anti-histórico y filisteo”. La simpatía mostrada hasta el momento hacia Timpanaro se cubre, así, hacia el final del artículo, por un intenso sabor agridulce, constante en muchas partes del libro y muy difícil de diluir: según Anderson, la izquierda a la que ambos se adscribieron fue derrotada salvajemente, por lo que ahora su mayor obligación es mantener la cabeza bien alta. ¿Por cuánto tiempo seguirá teniendo fuerzas para la rememoración, el rendir cuentas con unos y otros, el virtuosismo en la escritura?

Sonia Arribas
Instituto de Filosofía del CSIC

ÉTICA Y ALTERIDAD

GABRIEL BELLO REGUERA: *El valor de los otros*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 206 pp.

Oportuno, aunque nada oportunista, este último libro publicado por el profesor Gabriel Bello Reguera, catedrático de Ética y ensayista con una muy sugestiva trayectoria editorial. En efecto, el problema central del mismo está situado hoy en

el centro del debate ético y político en las sociedades del llamado primer mundo. En ellas se hace más necesaria que nunca la implicación de quienes poseen el bagaje teórico necesario para hacerlo, en los procesos de interacción intercultural. El fenómeno de la inmigración ha situado estas cuestiones como problemas de primer orden, tanto en el debate ciudadano como en la agenda política de los

gobiernos. Aprovechando la densidad y temperatura crecientes de ese caldo de cultivo, no faltarán nunca quienes cedan a la tentación del oportunismo. No es el caso de Gabriel Bello, cuyo trabajo está centrado en estas cuestiones desde hace más de una década.

Esta obra es, en realidad, resultado de la lenta destilación de una labor continuada. El lector apreciará sin duda desde las primeras páginas que no está ante un libro de circunstancias, de esos que se escriben de prisa y corriendo al amparo de los acontecimientos de gran impacto mediático. La combinación de frescura expresiva y densidad de contenido que vemos en ella no suele ser casi nunca resultado de un venturoso azar, sino fruto de un trabajo concienzudo.

Quizá una de las mayores virtudes del libro sea acercar al lector el contenido de un combate filosófico de tanta relevancia, sirviéndose de un lenguaje que puede ayudar a hacer del contenido de ese proceso discursivo patrimonio común de los lectores interesados, sin imponerles la exigencia previa de una formación filosófica específica. Entre estas grandes cuestiones podríamos destacar, sin duda, el problema del deslizamiento desde los juicios de valor sobre una cultura, hasta los juicios evaluativos a propósito de sus miembros. Al hilo del análisis de los procesos implicados en dicho deslizamiento, se abordan en *El valor de los otros*, toda una serie de aspectos relacionados con la definición teórico-práctica de la alteridad. Gabriel Bello se detiene así en la indagación de los procesos por medio de los cuales definimos al otro y construimos, frente a nosotros, un espacio social donde encuadrarlo. Resulta relevante, en este contexto, el estudio pormenorizado de los mecanismos según los que procede la dialéctica Yo-Otro, en la cual los papeles se intercambian de forma continua sin

que en el horizonte actual se vislumbre otro dato positivo que la problematización de alcanzar una conciliación. Por ello es tan importante el estudio de los juicios en base a los cuales puede construirse un espacio para “la política de la alteridad” que nos permitiría dar pasos significativos en la dirección adecuada. Esta estrategia de acción, tal como la entiende Gabriel Bello, “supone un desplazamiento respecto a la política centrada en la identidad propia de un sujeto agente, el grupo nacional, cultural, histórico, etc., y sus miembros individuales, a otra que tiene como punto de mira a los otros” (p.16). El objetivo primero no es otro que provocar un decentramiento del discurso político al uso, que habrá de venir dado a resultados del paralelo descentramiento de la subjetividad implícita en la acción política.

Para avanzar en tal sentido, Gabriel Bello apuntala su propuesta a través de la reflexión acerca de los planteamientos multiculturalistas de Charles Taylor, avanzando sobre las propuestas de signo igualitario, en el plano ético, político y cultural, que realiza este pensador, con el confesado objetivo final de la construcción de una “axiología intercultural” asumible por todos. El combate de fondo tiene como referente último a aquella “Antropología normativa” sobre la que se ha pretendido construir un universalismo falaz, que a duras penas puede esconder las estrategias que dominación que en ella se inspiran. En efecto, esta Antropología pretende ser objetiva y de validez universal cuando, en realidad, es deudora de una visión etnocéntrica.

La posición del autor va perfilándose de forma progresiva, al hilo de la exposición del punto de vista que caracteriza a Taylor y su confrontación con quienes, como es el caso de Giovanni Sartori, defienden desde un liberalismo de corte más tradicional que el que profesa el

filósofo canadiense, la imposibilidad de integrar al otro y el riesgo mortal que su presencia conlleva en el interior de las sociedades occidentales. En esta confrontación, Gabriel Bello asume en buena medida la defensa de las posiciones de Taylor, si bien lo hace de un modo crítico. Revelando, a la vez, las contradicciones propias de unas sociedades que defienden la democracia interior, al tiempo que blindan sus fronteras con el fin de impedir la presencia de cualquier alteridad que provenga del exterior. Así, el concepto de humanidad surgido en las sociedades liberales de Occidente deviene un *deber ser*, imponible en cualquier latitud. Se convierte de esta manera en “identidad humana normativa” (p. 21).

Como contrapartida pragmática de la aplicación de dicho concepto, aparecería lo que Gabriel Bello denomina la “des-humanización normativa”, que consiste en “despojar al otro de su condición humana”. Se trata, como el propio autor nos explica, de una operación filosófica, en apariencia limitada en su actuar a un ámbito especulativo, pero que tiene importantes consecuencias en los planos ético y político. Frente a ello, no cabe otra opción coherente que el abandono de la noción básica de la Antropología normativa, que no es otra que la del “individuo singular, abstracto y culturalmente indiferenciado”. En esta noción ahondarían, a juicio del autor, las raíces de una violencia excluyente cuya presencia se hace notar cada día de un modo más apremiante. Este concepto sólo podría ser sustituido por el de “un individuo diferenciado en su identidad cultural” (p. 25). Todo ello nos llevaría, ante todo, a asumir el reto de la construcción de una nueva concepción antropológica integradora.

La confrontación Taylor-Derrida, es otro punto en el que se apoya en su despliegue teórico este ensayo. A este

respecto habría que reseñar cómo, desactivando al menos de manera parcial la crítica de Taylor a Derrida, Gabriel Bello consigue rescatar el elemento más fructífero de la teoría de la deconstrucción, en la que ve un instrumento útil para la tarea de análisis del contenido axiológico de la cultura y los juicios de valor sobre la misma. Así, empleará una metodología arqueológica, que se remite no sólo a Derrida, sino en paralela medida a Foucault, para dar cuenta de los elementos implícitos en los textos que somete a análisis. Ateniéndose a esta estrategia metodológica, revela el peso que las ideologías axiológicas dominantes tienen en la obra de autores como Sartori o el mismo Taylor, *malgré lui*. En este sentido, resulta esclarecedora y muy pertinente, por lo demás, la discusión que, a propósito del concepto de “valor de supervivencia”, introduce el filósofo canadiense. A la caracterización que éste ofrece, añade Gabriel Bello aportaciones de notable interés, como su exploración detenida de los aspectos culturales y biológicos que han de considerarse en la definición de este concepto. A la luz de los resultados que obtiene, puede adentrarse en los entresijos de las oposiciones binarias que contraponen los elementos de nuestra cultura a los de las *otras* culturas. En esta nueva modulación del contenido teórico de su ensayo, el autor denunciará los intentos de “callar sobre nuestra propia violencia” (p. 98), tan comunes en los procedimientos habituales de demonización de la diferencia.

Se enriquece además esa polémica, metiendo también en liza a Levinas. De esta forma, la doctrina de la responsabilidad asimétrica será empleada por Gabriel Bello para justificar, desde un punto de vista teórico, un nuevo modelo de aproximación ética al otro. Los debates posteriores en los que el autor se adentra en el resto del libro, se refieren a

la problemática realineación práctica de la ciudadanía multicultural, que se opone tanto al cosmopolitismo como a la interpretación liberal y neoliberal del concepto de ciudadanía. El autor se enfrenta aquí a los intentos de construir una concepción simétrica y homogeneizadora de la ciudadanía, cuyo coste no es otro que hacer que los individuos sean privados de aquello que los singulariza. El asunto tiene tanta enjundia, que no sería sensato pretender agotar su análisis y el estudio de sus implicaciones prácticas en los

límites de una obra ensayística, por valiosa que ésta sea. Gabriel Bello no parece haber albergado tampoco esa desmesurada pretensión. Su libro es, sin embargo, un muy estimable elemento de reflexión con el que adentrarnos en el debate de las cuestiones que he ido desgarrando en esta breve reseña, cuya actualidad y relevancia política están fuera de toda discusión.

Domingo Fernández Agis
Universidad de La Laguna

LA DEMOCRACIA Y LA EDUCACIÓN DE LOS CIUDADANOS

JOSÉ RUBIO CARRACEDO: *Ciudadanos sin democracia. Nuevos ensayos sobre ciudadanía, ética y democracia*, Granada, Comares, 2005, 296 pp.

José Rubio Carracedo, catedrático de filosofía moral y política en la Universidad de Málaga, ha recopilado sus últimos ensayos con el provocativo título *Ciudadanos sin democracia*. Aunque el libro está dividido en tres partes, hay un hilo conductor común que recorre los doce ensayos que componen el volumen: la situación de la democracia actual y la capacidad de la ética para dar respuesta a los problemas de nuestro tiempo. Entre esos retos se encuentran, sin duda, la diversidad cultural y la globalización, que hace inevitable el contacto y la interacción de gentes con bagajes culturales muy diferentes; o los nuevos problemas que plantea la revolución biotecnológica a la que asistimos; y también, o muy especialmente, la crisis más o menos soterrada de las democracias liberales.

Ciertamente es intención del título señalar dicha crisis, para argumentar a lo largo del libro que toda propuesta de regeneración democrática pasa necesariamente por clarificar y reactivar las bases normativas del régimen democrático. La idea de fondo, como sabrán quienes estén familiarizados con sus anteriores libros (*Paradigmas de la política, ¿Democracia o representación?, Educación moral, posmodernidad y democracia*), es que la salud de la democracia depende crucialmente de la existencia de una ciudadanía crítica, capaz de involucrarse activamente en los asuntos públicos, según ponen de relieve los planteamientos republicanos con los que el autor simpatiza. De ahí la relevancia que concede a la educación cívica, auténtico “tema de nuestro tiempo”, como llega a calificarlo a la vista del creciente interés que despierta, y que sitúa como preocupación central del libro, a caballo entre la ética y la política.

La primera parte, la más extensa, está formada por cinco trabajos que, con